



Eclipse

**Creadoras y artistas de la
antigua Grecia**

Ana Valtierra







*A Gonzalo, el amor de mi vida
y el sol que siempre me ILUMINA*







SUMARIO

Introducción: Eclipsadas, un fenómeno no tan celeste.....	11
1. La construcción del canon masculino.....	19
2. Reimaginando un relato más verídico.....	33
3. Visibles y productivas: reevaluar el gineceo.....	39
4. Crear para vivir, ni ocio ni capricho.....	49
5. El arte ¿cosa de hombres?.....	57
6. El rol de las mujeres en los rituales funerarios del período Geométrico.....	65
7. La Maestra del Dípilon.....	75
8. La importancia de la cerámica griega arcaica y clásica.....	87
9. Ceramistas, seguramente muchas y poco reconocidas.....	97
10. Ante la duda, siempre un hombre.....	119
11. La invención del retrato por «la hija de».....	127
12. Helena de Egipto, gran pintora de batallas.....	137
13. También han pintado mujeres... O las artistas como epígrafe.....	145
14. La pintora Irene de Atenas.....	153
15. La retratista Laia de Cízico.....	161
Epílogo.....	171
Referencias bibliográficas.....	175







Introducción

Eclipsadas, un fenómeno no tan celeste

Solemos describir un eclipse como una ocultación transitoria de un astro por la interposición de otro cuerpo celeste. Se trata de un cuerpo celeste que tapa a otro. Quizá no deliberadamente, tan solo se atraviesa en su camino y opaca lo que se le cruza porque forma parte de una organización más grande que él, de unas normas que rigen el funcionamiento del universo contra las que es complicado rebelarse. Es un juego de luces y sombras, un vasto telón en el cielo que desde nuestra pequeña posición en la Tierra parece mágico.

Esta ocultación puede ser total o parcial. A veces, hace que el astro desaparezca por completo. Otras, nos deja un vestigio que podemos rastrear, porque cuando un cuerpo celeste es grande y brilla, ya sea por cuenta propia o por reflejar una luz ajena, es difícil tapar su magnificencia por completo.

Los eclipses son espectáculos de rara belleza, pero para el astro ocultado eclipsarse es ver su luz acallada, es saberse presente y, a pesar de ello, invisible a los ojos humanos. No ha dejado de existir ni ha dejado de brillar, pero su luz ya no llega a quienes la observan. Así, se convierte en una presencia que espera, silente, el fin de su propio oscurecimiento.





Este fenómeno que tanto fascina y desconcierta a la vez, que tanta literatura ha producido, ha ocurrido con un gran número de mujeres de todos los ámbitos a lo largo de la historia, especialmente las creadoras o artistas. La mayoría de las veces no lo tuvieron fácil para brillar en su época porque no les quedó más remedio que sobreponerse a prohibiciones y normativas sociales que iban en contra del desarrollo de su propia creatividad. Fueron eclipsadas por una era que no las dejó desarrollarse en las mismas condiciones que un varón. O quizá, si consiguieron sobresalir y a pesar de las dificultades resplandecer y alcanzar notoriedad en vida, la historiografía, los que vinieron después a contarnos la historia, enterraron sus logros y su fama en el sótano más profundo de esta mentira histórica. Así han permanecido ocultas durante siglos, como estrellas invisibles que seguían proyectando su luz y su talento, pero que fueron cubiertas por otras fuerzas, unas narrativas y miradas que les restaron espacio y justicia histórica. Sus nombres, sus obras y sus voces quedaron en la penumbra, a la espera de un nuevo tiempo que permitiera recuperar su luz.

La palabra «eclipse», como las artistas de este libro, es griega. No es que la población griega fuera la primera en darse cuenta de este fenómeno, puesto que las primeras referencias que conservamos se remontan a unos cuarenta y dos siglos atrás ni más ni menos. Están inscritos en algunas tablillas mesopotámicas aparecidas en la ciudad de Ur en torno al siglo XXI a. C. Lo que sí es griega es la palabra, *ekleipsis*, que





se refiere a que falta, que ha desaparecido, haciendo alusión a este desvanecimiento momentáneo del astro en el firmamento.

Figura 1



Grabado con una personificación de la Luna, en forma de cuerpo entero sosteniendo una luna creciente y un bastón. Sebald Beham, 1539. Imagen del Museo Británico de Londres.





Si seguimos mirando el cielo, podemos afirmar que mientras que parece que en la historia el hombre ha sido el Sol, con derecho a brillar con luz propia, nosotras, las mujeres, hemos sido como la Luna. Hemos estado ahí, de manera constante, como responsables de muchos de los fenómenos históricos que han ido sucediendo en los últimos milenios, pero silenciadas, reflejando algo de luz ajena en el mejor de los casos. Como si el tener brillo propio fuera algo digno del sexo masculino del más rancio abolengo.

Precisamente fue un griego de nombre Piteas quien en el siglo IV a. C. estableció una relación entre las fases de la Luna y las mareas, dando al satélite una función activa dentro de la vida en la Tierra, más allá de decorar el cielo durante la noche. A pesar de eso, la explicación que aceptamos actualmente sobre las mareas y la relación con la Luna no llegó hasta 1687 con la publicación de *Principios matemáticos de la Filosofía Natural* de Isaac Newton.

La Luna no tiene luz propia, pero sí un vigor descomunal que hace que ejerza una fuerza gravitacional tan importante sobre la Tierra que mueve de manera notable los océanos y las masas de agua del planeta. Por eso, el nivel de agua aumenta en las regiones específicas que están más cerca de ella, que es lo que conocemos como «marea alta». Que no se nos olvide nunca que esa fortaleza de nuestro satélite provoca grandes movimientos y es crucial para el desarrollo de la vida. Nada le puede restar fuerza y en silencio participa de la historia y de todo cuanto sucede en la Tierra.





La Luna también desempeña un papel crucial en la estabilización de la inclinación del eje terrestre. Sin su influencia, el eje de rotación de la Tierra podría variar drásticamente con el tiempo, provocando cambios extremos en la meteorología y las estaciones. Ahora, en medio de un dramático cambio climático, estos datos no resultan tan llamativos, pero es sorprendente cómo la presencia de la Luna ayuda a mantener esta inclinación relativamente constante, favoreciendo condiciones climáticas más estables en nuestro planeta, ¿sería posible ese eje inclinado con el borrado de la mitad de la población, de la femenina? Jamás, por supuesto; esa presencia, ese eje, ha sido determinante para el desarrollo histórico, pese al tachado sistemático de las publicaciones académicas antiguas.

Figura 2



Selene, diosa y personificación de la luna, sobre su carro alado.
Interior de una copa ática de figuras rojas procedente de Vulci,
490 a. C. Berlin, Altes Museum.





La historiografía ha suprimido a las mujeres de manera mayoritaria de la historia, relegadas al papel de procreadoras o cuidadoras ¡como que sin esa labor hubiera podido sobrevivir la humanidad! Pero, además, hemos inclinado el eje, o lo hemos intentado, como si fuéramos Lisístrata, capaz de movilizar a todas las mujeres de Atenas y Esparta y parar una guerra. Sobre Aristófanes, el señor comediógrafo que ideó esta obra a finales del siglo v a. C., se ha dicho que pretendía burlarse del género femenino, ridiculizarnos. Pero ciertamente, nada hay más noble que una persona intentando parar una guerra y las muertes que ella conlleva.

Lisístrata es una sátira inteligente y mordaz que, bajo el velo de la comedia, aborda problemas serios y urgentes de la sociedad ateniense del siglo v a.C. Estrenada en el año 411 a.C., en el contexto de la interminable y desgastante Guerra del Peloponeso, la obra utiliza el humor y la exageración para plantear reflexiones críticas sobre el conflicto bélico, las relaciones de género y el papel de las mujeres en una sociedad profundamente patriarcal.

Las mujeres, lideradas por Lisístrata, deciden ejercer presión política mediante una «huelga sexual», negándose a tener relaciones con sus esposos hasta que pongan fin a la guerra. Esta premisa cómica, cargada de ironía y exageración, subraya la absurda inutilidad del conflicto y la falta de sensatez en la gestión masculina de los asuntos públicos. Al mismo tiempo, la obra ridiculiza las dinámicas de género y





cuestiona los estereotipos que relegaban a las mujeres a roles domésticos, mostrándolas como organizadas, inteligentes y decididas frente a la torpeza y el infantilismo de los hombres.

También en el mundo griego hemos aparecido como Antígona, que en un acto de resistencia es capaz de desafiar la autoridad del Estado y las convenciones patriarcales. Ella debía obedecer las leyes de la ciudad, representadas por el rey, y no enterrar a su hermano Polinices, quien ha sido condenado a permanecer insepulto por traicionar a Tebas. Sin embargo, tiene unos principios férreos, alineados con lo divino, que pone en entredicho lo que es justo o no. Como ella, la historia ha estado llena de Antígonas que han desafiado los impedimentos y las leyes humanas, masculinas, que no les permitían hacer tantas cosas y a pesar de ello las han hecho. Por eso, aunque eclipsadas, las mujeres han luchado por estar y ser.

Hoy, cuando miramos hacia atrás y tratamos de ver a través de esas sombras, nos damos cuenta de que en este eclipse el ocultamiento fue menos celeste y más terrenal, menos una casualidad astronómica y más una ausencia deliberada en las historias que nos han contado. Esta narratividad ha impregnado tanto el colectivo, que incluso en las enseñanzas oficiales algunas y algunos académicos siguen repitiendo que las mujeres griegas solo tenían dos opciones vitales: casarse y tener hijos, o ser heteras (prostitutas) algo que ya está plenamente demostrado que no es cierto¹.

1. Valtierra Lacalle, Ana (2024): «La deconstrucción del gineceo. Imágenes vasculares y esculturas para el estudio de las trabajadoras remuneradas griegas (ss. VI-IV A. C.)». *Asparkia. Investigació Feminista*, (44), 1–25. <<https://doi.org/10.6035/asparkia.7209>>.





Al feminismo se le acusa a menudo de mirar al pasado con ojos que algunos consideran ajenos a su tiempo, como si aplicara lentes de hoy a hechos de antaño². Sin embargo, no hay anacronismo más profundo que el de la mirada heteropatriarcal impuesta sobre cualquier creación artística del pasado, una mirada que asume —sin cuestionar— que, como en nuestra época se ha impuesto a las mujeres un corsé restrictivo a su creatividad, las sociedades antiguas hicieron lo mismo.

Esta perspectiva reduccionista, que se empeña en limitar la inventiva de las mujeres y en verlas a través de un marco impuesto, ha sido replicada a lo largo de la historia, sostenida por una supuesta autoridad académica y un silencio cómplice. Pero al observar más allá de esta sombra que ha envuelto a las creadoras del pasado, nos damos cuenta de que esta visión carece de fundamento, de ciencia y de verdad, y que, lejos de hacernos entender lo acaecido, lo distorsiona y le resta la luz de todas aquellas voces femeninas que, por siglos, han estado esperando ser escuchadas.

Es tiempo, entonces, de deshacer el eclipse, de poner fin a esa larga noche y recordar que, como en cualquier otro fenómeno astronómico, la luz sigue ahí, siempre dispuesta a revelarse.

2. Valtierra Lacalle, Ana (2024): «Mujer tenías que ser. Literatas y artistas en la antigua Mesopotamia». *Enbeduanna. Ella habla, las ciudades se derrumban*. Madrid, Espinas, pp. 9-25.

